

EL PROFESOR

Pau March

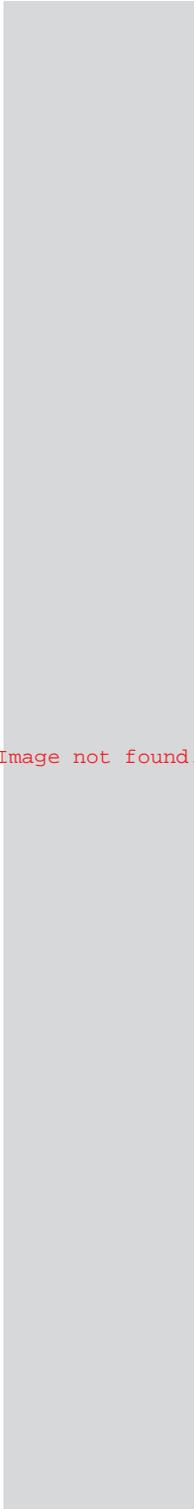


Image not found.

Capítulo 1

EL PROFESOR

A todos, o casi a todos, nos ha ocurrido aquello de encapricharnos, enamorarnos o al menos idealizar a un profesor o profesora cuando la época del instituto. En la mayoría de los casos se queda la cosa en eso, una simple ilusión o amor platónico, que pasa y se olvida sin dificultad; que luego recordamos con nostalgia y ternura. Bendita juventud. Muy pocos son los casos que conocemos en que el asunto va más allá y llega a otro nivel más serio; seguro que los podemos contar con los dedos de una mano, y nos sobrarían casi todos los dedos.

Pues bien, mi hermana Alicia fue uno de estos casos. Una gran muchacha que a sus dieciséis años rebosaba juventud y felicidad, frescura y simpatía, dulzura e ilusión. Qué poco se imaginaba ella cómo acabaría todo, al comenzar aquel curso 2006-2007.

El primer día de clase, como todos los cursos, era una simple toma de contacto: conocer nuevos compañeros, horarios, asignaturas, planificación del curso, etc. En la última hora de la mañana entró al aula Ginés, el profesor de literatura. No tendría más de veintiséis años, alto y delgado, recién licenciado, y aquel era su segundo o tercer año de docencia; un joven simpático y agradable que, debido a su edad, conectó con facilidad con los jóvenes alumnos.

—Buenos días a todos: voy a ser durante este curso vuestro profesor de literatura. Mi nombre es Ginés Llácer. Podéis llamarme simplemente Ginés o señor Llácer; os lo dejo a vuestra elección pero, por favor, olvidaos del “don Ginés”.

Aquel hombre aparentaba menos edad de la que tenía, pues sus facciones eran muy juveniles, y casi parecía un estudiante más. Alicia se fijó en él desde aquel primer día y en lo sucesivo se sentaría siempre en primera fila. Fueron pasando los días y las semanas, y las miraditas y sonrisas no se hicieron esperar. Así transcurrió el primer mes.

Comenzaron a verse en la cafetería en los descansos, a charlar de literatura y de la vida, de Orwell, de Wilde y de Flaubert. Poco a poco la introdujo en ese mundo de fantasía, de emociones y de sentimientos; de alegrías y amargas, de tristeza y desolación. Descubrió, gracias a él, un mundo nuevo en páginas de papel. Eso definió su futuro y despertó su vocación, que no tenía clara hasta ese momento, por la literatura y el

arte.

A mitad de curso había que leer y comentar "Madame Bovary". Habían pasado cuatro meses desde que se conocieron en aquel primer día de clase, y estaba claro que se gustaban, y mucho.

—Mira Alicia, no hace falta que lo compres, te dejo el mío.

—¿ De qué va?

—De insatisfacción, de castillos en el aire, de pasión... y de un poco de amor.

—¿Es buena?, ¿me gustará?

—Seguro que sí. Con decirte que se publicó en 1857 y fue tal el escándalo, que el autor casi acaba en los tribunales.

—¡Guau!... ¿en serio? ¿de verdad?

—Absolutamente.

—¡Menudo misterio!, me has dejado intrigada. ¡Vaya con don Gustavo!, ¡cómo se las gastaba!... ¡ jajaja !

—Ya me contarás.

—Muchas gracias, Ginés. Esta misma noche comienzo a leerla.

La mutua atracción siguió creciendo, transformándose en un auténtico enamoramiento. Era la primera vez para Alicia, y sintió algo que nunca había imaginado. Finalizó el curso y aprobó con muy buena nota. La novela le encantó. Tanto es así que jugaban y bromeaban llamándose "Emma" y "León" el uno al otro. El verano fue una dicha, se veían a diario, se amaban y deseaban; hacían planes, hablaban del futuro, pero sobre todo gozaban el presente y disfrutaban de la vida. Tenían "la buena vida", "la vida en rosa", lo tenían todo. No era algo pasajero y caprichoso, aquello era real y muy sincero.

Comenzó el siguiente curso y Ginés era un año más su "profe" de literatura; era el último antes de la universidad. Alicia siguió aplicada y enamorada; para ella el instituto era una gozada. En el instituto escondían su relación y disimulaban su amor, pero no podían evitar de cuando en cuando una muestra de cariño; así es el amor. Comenzaron los rumores, estos llegaron al jefe de estudios, y este se los comentó al director. Este citó a Ginés a su despacho y le montó una bronca monumental. Al día siguiente llamó a mis padres y les puso al corriente de la situación; ahí todo se jodió: gritos, regañinas, prohibiciones y lagrimas,

muchas lágrimas.

Obligaron a Ginés a solicitar un traslado, y el siguiente curso daba clases en un instituto de Sevilla. Varios años después conoció allí a una mujer que hoy es su esposa. Alicia comenzó la universidad y conoció a otro estudiante que hoy es su marido. Ni "Emma" ni "León" son felices. El catastrófico desenlace años atrás había hundido a ambos; y todo por las normas y el qué dirán.

Todo esto ocurrió hace diez años. Ahora Ginés es un tipo serio, taciturno y amargado; mi hermana es una mujer triste, depresiva y desgraciada. Era lo que todos querían...pues ahí lo tienen. Hace cuatro o cinco veranos coincidieron un par de veces en un centro comercial; hablaron y lloraron, pues estaba claro que ahora no eran más que dos infelices. Decidieron de mutuo acuerdo no hablar nunca más, y la próxima vez que coincidiesen que cada uno siguiera su camino; así de tristes fueron aquellos dos encuentros.

—Hola buenos días, soy Alicia March, vuestra profesora de literatura. Podéis llamarme Alicia.

En los últimos pupitres estaba sentado un chico muy apuesto que no le quitó los ojos de encima a la profesora en toda la hora.

Al día siguiente se sentó en primera fila. Tenía dieciséis años y se llamaba Leo.